En el escritorio editorial del presente número, el 11 de agosto nos sorprendió la muerte de un poeta que abrazó lecturas y circunstancias con las que hemos sido afines durante mucho tiempo. Por eso, en su memoria, consideramos traer una reflexión que traza un semblante muy justo de Vicente Quirarte, acompañada de magníficos retratos del entrañable Barry Domínguez.

La biblioteca como casa, la vida en el librero

Miguel Ángel Castro[1]
Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

…la gran lección de Luis Barragán es que los libros son casas: espacios que anhelan ser habitados para encontrar su verdadera vida.

Vicente Quirarte

Una biblioteca es privada por oposición a pública. Sin embargo, tal oposición suele disolverse con el paso del tiempo, pues la materia de que están hechos los libros –aún los más modestos- sobrevive a la de la carne y huesos con la que los hombres ocupan el espacio. De modo que, generalmente, lo que fue una colección formada merced al esfuerzo individual o mediante el acuerdo de un grupo reducido de individuos con intereses muy específicos y para beneficio restringido de unas cuantas personas –familia o asociación de particulares- pasa a ser, tarde o temprano, en todo o en parte, una colección pública. Desde luego bajo ciertas condiciones. Tales condiciones son las que, precisamente en muchos casos, favorece la privacidad, lo íntimo y el placer de la lectura.

En efecto, en el terreno de la biblioteca privada se establecen, de manera tácita, las consideraciones siguientes. En lo material, un lugar provisto de sólidos libreros y estantes, que no permita la entrada directa de los rayos solares pero que sea convenientemente luminoso, con buena ventilación pero que impida el exceso de humedad, amplio, de forma que permita las labores de limpieza y, desde luego, que cuente con una sala, sillón o asiento confortable para favorecer el goce de la soledad. En lo que se refiere a la colección, se debe contar con una orientación adecuada sobre lo que se intenta reunir, así como obtener y aplicar el conocimiento necesario para identificar las obras y pagar el precio justo por las piezas estimadas como valiosas; asimismo tener bases suficientes para determinar la organización y ordenamiento del material, considerar la posibilidad de enviarlo a encuadernar con un experto y, de ser posible, preparar un inventario o un catálogo que permita la localización y consulta de los títulos.



En lo que se refiere al responsable de las consideraciones anteriores, estamos obligados a pensar en el significado de los libros, en su relación con la memoria y el conocimiento, en el hombre que anhela y trata de formar un universo. Sobre esto, ciertamente, nada hay que añadir a las reflexiones de Borges sobre la biblioteca y por supuesto atender las lecciones de Vicente Quirarte, que establece con cierta severidad, pero también con humor la "Ética y estética del amador de libros".

¿Quién es esa persona? ¿Será, acaso, ese individuo en cuya esfera de intereses figura como obsesión la construcción de un universo de papel? ¿Es miembro de la sociedad de los poetas muertos? ¿Quién ese sujeto que recorre incansable librerías viejas y nuevas? ¿Qué lo mueve a invertir su caudal en diversas impresiones de obras que en muchas ocasiones ya ha leído? ¿Qué extraño u obscuro placer obtiene con pasar la mano por un manchado manuscrito, por una hoja cicatrizada a causa de hongos fugitivos o por las sucias y amarillentas páginas de un

periódico quebradizo? ¿Por qué persigue a propios y extraños para confirmar una fecha, una firma, una edición? ¿Qué trama, junto con otros sospechosos como él, a la entrada de las bibliotecas? Ese conspirador es el bibliófilo, el amador de libros. En toda biblioteca particular digna de respeto se manifiesta u oculta uno de estos maniáticos (con todo respeto). Hombres que se mueren de amor por los libros.



Vicente Quirarte conjuga los motivos del objeto con las obligaciones del buen bibliófilo en diversos textos, y advierte que "Un *Tratado de leales amadores de los libros* debe comenzar por explicar el placer corporal que significa entrar a una librería"; asimismo nos previene: "Quien pide prestado un libro, por regla general es más peligroso que el incendio de Alejandría", y también distingue a quienes se hacen dignos del amor de un libro al recordar a Tin-Tan, cuando una persona le pregunta '¿No quiere un libro?', y responde 'No, gracias, ya tengo uno'. A partir de esa respuesta –continúa Quirarte- habría que reflexionar en que, así como hay autores que no merecen escribir un libro, hay lectores que no merecen tener libros".

El título de la exposición que acompaña esta celebración, "Vivir es escribir con todo el cuerpo", procede de las propiedades seductoras del libro con las que rinde a su experto amante:

> El temblor estético provocado por el libro tiene lugar primeramente a través de los sentidos: la vista, que disfruta la simetría y las proporciones; el tacto, que prolonga el placer de la mirada en el sello de agua o en la textura del papel verjurado; el olfato, reconocedor del sitio de origen del libro, el sabio olfato entrenado para saber esta tinta proviene de Alemania o este papel huele a Kentucky o este otro evoca las heroicas batallas de Loreto y Peña Pobre. Por supuesto, también está el oído, que goza el peso y el paso de las hojas, y hasta el gusto: recuerdo a mi padre, talabartero antes que historiador, bibliómano antes que bibliófilo, probando con la lengua la encuadernación de los libros para saber de qué piel se trataba, o el éxtasis en el que me enseñaba a entrar cuando acariciábamos o mirábamos al trasluz el tejido de diversas clases de papel en esa sucursal del Paraíso llamada Lumen, abreviatura, como se sabe, de don Luis Méndez Jiménez.

La conferencia "La casa como una pequeña ciudad, la ciudad como gran casa", que Vicente Quirarte leyó dentro del ciclo Ratones de biblioteca como reflexión para el retiro obligado por la pandemia, y que felizmente se encuentra disponible en Descarga Cultura UNAM, me hizo recordar el libro *Casas-bibliotecas de mexicanos* (Bibliotecas privadas) editado por la UNAM y el Gobierno de Guerrero en 1992. Y al revisarlo, confirmé una vez más que la vida con una biblioteca respetable puede ser un viaje al paraíso, como Jorge Luis Borges se lo figuraba.

Advierte José G. Moreno de Alba:

> Las casas con libros se van volviendo bibliotecas, al mismo tiempo que van invadiendo los hogares de sus dueños, conformando así lo que no es únicamente casa, ni tampoco exclusivamente biblioteca. Las casas-biblioteca sirven para vivir, pero también para aprender, trabajar, convivir, en fin, para disfrutar la vida. Son algo más que el estudio o el cuarto con libros. Son diferentes al despacho y a la sala con libreros...

Al andar con estas cavilaciones caí en la cuenta de que Vicente Quirarte ya tiene su cielo porque posee una magnífica colección de maravillas, porque no hay duda de que es uno de los mejores amigos que han tenido los libros, porque es un gran constructor de esas íntimas ciudades que son las bibliotecas. Vicente levanta muros y habitaciones para sus ejemplares elegidos con esmero para que vivan seguros y felices, sí, felices, porque como son sus criaturas, cuida que tengan compañía de bellas imágenes, curiosas y poderosas, figuras de sus héroes y personajes consentidos, las compañías esenciales, y diversos objetos literarios colocados en el lugar donde se sienten más cómodos al frente de los estantes.

Para satisfacer mi curiosidad y compartirla en esta ocasión, hice una lista de preguntas sobre la formación de su biblioteca, palabra que le parece "temible, prestigiada y casi siempre pedante" pero, con la gentileza que lo distingue, Vicente me dijo que le parecían bien, que luego lo platicaríamos. Uno o dos días después nos encontramos en su casa y me mostró la edición colombiana de *Merecer un libro* (2020), lujosamente encuadernada en piel negra, con las páginas señaladas en las que se encontraban las respuestas a mis interrogantes. Ahí nos enteramos de algunas historias, reflexiones y manías.

En lo que se refiere a la adquisición y posesión de ejemplares, opina que "uno de los principios básicos de quien atesora libros es el derecho a elegir aquellos con los cuales se desea vivir". Ante la necesidad de desprenderse de volúmenes, cita soluciones de Francis Bacon, Voltaire, Oscar Wilde y Augusto Monterroso, la que por cierto lo lleva al episodio de *Don Quijote de la Mancha* en el que el ama de Alonso Quijano pretende exorcizar a los "encantadores" de los libros de su señor:

> Conservemos sólo aquellos libros que nos encanten en doble sentido. Aquellos que nos obliguen a las aventuras del alma y a las hazañas del cuerpo; aquellos que nos vulneren, nos tumben, nos abrasen; aquellos que, como el amor o la locura, nos marquen para seguir creciendo.

Los libros como los hijos suelen mudar de casa, acaso una de las imágenes del deterioro de un hogar son los libreros vacíos, empolvados y cruzados por telarañas. De una casa familiar habitada por libros, suelen formarse varias bibliotecas, por eso en algún momento surge la necesidad de deshacerse de aquellos a los que ya no es posible "dar casa, comida y sustento". Saberlos donar es un arte que, si se practica bien, hace felices al que lo entrega como a quien lo recibe, como cuenta Vicente que hizo su padre.

Ya se sabe cuán importante es el título de un libro, pero a lo que no se le concede tanta relevancia, es a la dedicatoria, esa "escritura intrusa" que va de lo íntimo y misterioso a lo molesto, oficioso y humorístico: "A veces -observa Quirarte-, su inclusión obedece a motivos personales mediante los cuales el autor salda cuentas, agradece el auxilio venturoso o consuma sus íntimas venganzas". Como experto amante del libro, no pasa por alto las dedicatorias, las lee con atención y observa que hay quienes logran piezas memorables o ingeniosas que los distinguen como las de Gastón García Cantú, Quino y Borges; así como hay quienes son honrados por recibirlas, como León Werth, cuando era niño.

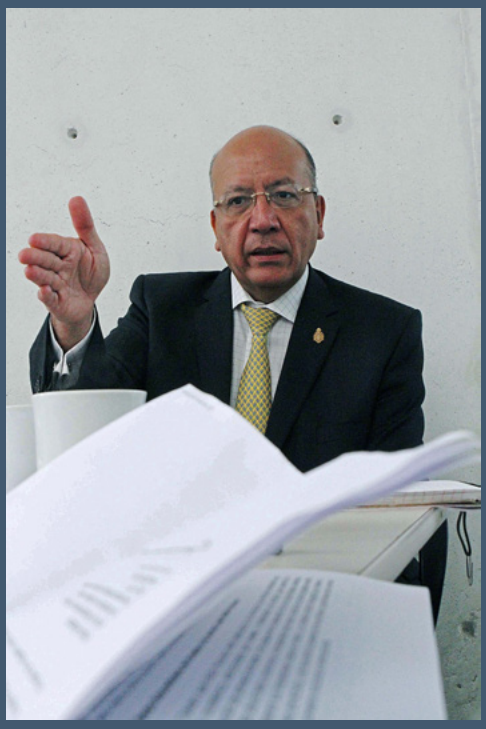
Tal es la importancia que Vicente le da a las dedicatorias, que hace unos meses, al presidir el sínodo de un examen profesional de Letras Hispánicas, le dedicó sus primeros comentarios a la muy larga dedicatoria que el alumno había puesto en su tesis. Sorprendido por la lista de nombres en la cual, además de los profesores, la parentela, amistades y mascotas, estaban los Beatles, los Caifanes y José José, entre otras figuras, la UNAM y los Pumas, y que terminaba, como para no errar, con un "Gracias a Dios", llevó a Vicente a preguntarle a Juan Carlos si era una persona feliz. "Creo que sí", respondió.

La solapa de los libros le merece otras observaciones, como a la dedicatoria, no suele dársele mayor importancia, cuando la tiene: "El solapero debe estar consciente de que en el breve espacio del cual dispone debe desarrollar un texto imaginativo, seductor, original y respetuoso del texto que le sirve de pretexto". Aconseja evitar vicios recurrentes como los que dan información innecesaria sobre la vida y obra del autor.

En *Merecer un libro* no falta el regreso a la pasión de la escritura y a la exaltación del valor y momentos clave sobre la historia de la pluma y el libro: "Protagonista heroica y única de esa historia ha sido, paralelamente al arte de la imprenta, la pluma que se vale de la tinta fresca, de la tinta que mancha, de la tinta que huele a su nombre."

El primer acervo del joven de 22 años, dispuesto en un librero de caoba que le heredó su padre en un cuarto de la casa de su familia fue reconocido como una selecta biblioteca por el profesor Roberto Villaseñor. Lo acompañaban Baudelaire, Rimbaud y Melville y cerca de 800 libros. Pronto conoció en su padre la pasión del verdadero amador de libros, el auténtico bibliófilo, que además de ser experto en la materia, es capaz de gastar su caudal o lo que posea por una primera edición, un manuscrito, un ejemplar raro, un mapa o la obra necesaria para completar una colección.

Tras una estancia como profesor visitante en Austin College, Vicente regresó al país y le puso casa a sus libros cuando compró su primer departamento. Entonces la mayor parte eran ejemplares encuadernados de Historia de México. Siguieron los cambios y viejos y nuevos libreros al parecer permitieron el desorden, como los padres a sus hijos cuando los quieren y consienten. "En un departamento, que ahora llamamos el estudio, se encuentran mis libros de consulta, así como las aduanas que inútilmente intentan restringir la entrada a nuevos libros a los que no puedo dar casa, comida y sustento".



Cuando Vicente recuerda su primera biblioteca, "un conjunto de libros" predilectos, advierte que *biblioteca* era la de su padre, don Martín Quirarte, quien le transmitió el hondo significado de términos como piel, guarda, costillas, papel y tipografía; y *biblioteca* con mayúscula era la Nacional a la que iba en compañía de su papá, cuando visitaba al director don Ernesto de la Torre, dos historiadores amantes de los libros.

Lejos estaba el joven poeta de imaginar que ocuparía el cargo que entonces tenía el amigo de su padre. Y menos hubiera esperado que en el futuro tendría que sacar del equívoco a un presidente de la república y a un consagrado novelista que desconocían la existencia de la Biblioteca Nacional, establecida por Benito Juárez en 1867.

Los detalles de ese episodio, que tuvo lugar en agosto de 2001, cuando Sari Bermúdez anunció el Programa Nacional de Cultura del presidente Vicente Fox en la Biblioteca de México, en la Ciudadela, y lo respondió Carlos Fuentes. Dentro y fuera de la UNAM se manifestó la inconformidad ante tal desconocimiento, y en los medios la noticia dio lugar a opiniones diversas.

La polémica contribuyó a rectificar la intención de crear otra nacional, que no detuvo el proyecto de construcción de una "megabiblioteca", porque finalmente se levantó la José Vasconcelos en Buenavista, pero se determinó que fortalecería a la Biblioteca México de la Ciudadela, como parte del sistema nacional de bibliotecas públicas. Tal como lo consideró en ese momento Vicente Quirarte, que estaba al frente de la Biblioteca Nacional desde un año y medio antes como director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, mostró serenidad ante el azoro e indignación de propios y extraños. Cuando se le preguntó si su posición era de rechazo al proyecto, respondió:

> –No, lo que pasa es que ya está creada. Lo asombroso es que se diga que se va a crear cuando ya existe. Espero que se trate de un asunto de semántica. El problema es que la Biblioteca José Vasconcelos se llama la Biblioteca de México, pero se tiene que distinguir muy bien la diferencia entre el concepto de biblioteca nacional y de biblioteca pública. Aquí y en China es básicamente una institución patrocinada de manera directa o indirecta por el Estado cuyo fin es recibir el depósito legal, catalogar el material, hacerlo accesible, hacer investigación sobre esas fuentes, establecer relaciones con instituciones similares en el extranjero.

Al recordar la construcción del edificio inaugurado en 1979 en el Centro Cultural Universitario para alojar a la Biblioteca Nacional, encomendada a la Universidad justo en el año de la autonomía universitaria, Quirarte resalta las normas que establece para dar acceso a los usuarios, como lugar de consulta especializada, ya que su acervo es patrimonial:

> La misión de una biblioteca no es la de ser exclusivamente un almacén o un recinto que albergue una riqueza estática: por el contrario, su trabajo dinámico y cambiante consiste en fomentar la cultura del libro, del texto impreso o manuscrito, como seres que precisan cuidados que permitan llegar al lector gozoso o al especialista, gracias a cuyas múltiples transformaciones la letra o la imagen encuentran su renovada razón de ser.

Para el historiador poeta, la Biblioteca Nacional es "hija de la Reforma". El decreto emitido por Benito Juárez en noviembre de 1867, uno de los resultados del triunfo republicano, culminaba el proyecto liberal de una población que buscaba, entre otros desafíos, identidad nacional y mejora social. No en balde Quirarte repasa los momentos que experimenta el país a lo largo del siglo XIX y exalta la riqueza de la memoria de papel gracias a la cual es posible recuperar la conversación con ilustres autores de todas las épocas, tal es la naturaleza de esa "herencia viva" que resguarda la biblioteca.

Asimismo, revela lo extraordinario del libro que es, como la Universidad, un espacio de tránsito, que permite viajar sin moverse y mirar más allá de los ojos. De esa manera se comprende la biblioteca como forma borgiana del paraíso:

> Ciudad de paredes vivas, casa de imágenes y voces, laberinto cuyo explorador conoce el secreto para encontrar la salida, pero no desea hacerlo, y donde el cordel es más firme y sabio conforme se estrecha el contacto entre el héroe y el villano, entre el enamorado y la princesa, entre el lector y la página.

Vicente Quirarte es una biblioteca, casa magnífica y generosa, por cierto.

Nota

1. Este texto es parte del libro *Vivir es escribir con todo el cuerpo. Vicente Quirarte en sus 70 años.* México, UNAM / El Equilibrista, 2025.